

COSAS DE GUIPUZCOA

La mujer guipuzcoana en la historia

Un eminente pensador francés, hablando de la influencia civilizadora ejercida en la Edad Media por la mujer á despecho de la condición social en que la colocaba entonces el hombre, se expresa de esta elocuente manera:

«Hubo un tiempo—dice—en que la belleza luchaba sola con la barbarie.

Encerradas cual prisioneras en castillos flanqueados de torres, civilizaban á los guerreros que despreciaban su debilidad, pero que adoraban sus encantos.

Acusadas de ignorancia y privadas de instrucción, envilecidas por las preocupaciones y divinizadas por el amor, débiles, tímidas, sin ver en torno suyo más que hierro y soldados, adoptaron las pasiones de sus tiranos; pero adoptándolas las suavizaron.

Vedlas dirigiendo á los combatientes á la defensa de los débiles.

La caballería se convierte en una institución protectora, preparando de este modo el reinado de la ley.

En fin, después de haber combatirlo para conquistar reinos, se humaniza hasta batirse por la belleza de las damas y empieza la civilización por el galanteo

Cualesquiera que sean los usos y las leyes, las mujeres forman las costumbres de todos los paises.

A cuantas consideraciones se presta el pensamiento que dejamos transcripto.

*
* * *

Muchísimos escritores antiguos y modernos se han ocupado en sus obras de la idiosincrasia de la mujer euskalduna.

En todos las obras de esta índole que á nuestras manos han llegado, se realza a la mujer guipuzcoana, presentándola en muchos casos como modelo.

Un autor de principios del siglo pasado, dice acerca de la mujer guipuzcoana:

«Las mujeres allí, en Guipúzcoa, son de bellos rostros y vivos colores, de una tez blanquísima y hermosos cabellos, graves, honestas, aseadas hasta el extremo, y al mismo tiempo varoniles.

Visten allí las mujeres (principios del siglo pasado), ordinariamente, de sayas de bayeta de diversos tonos, ó de calamaco, de jubones, casacas y chambras de lo mismo, de holandilla ó lienzo pintado; el calzado es de abarcas; las casadas traen cubierta la cabeza con tocas de lienzo delgado ó de beatilla del país; las solteras llevan descubierta la cabeza y el pelo en una ó más trenzas tendidas á la espalda.»

La mujer guipuzcoana de pura raza, jamás ha presentado carácter «dengoso».

Esos rostro, amarillentos como los campos de Castilla, que tan frecuentemente vemos en las calles de Donostia, contrastan fuertemente y con tan notable diferencia con las guipuzcoanas, que no puede haber confusión alguna.

Las proezas que las mujeres guipuzcoanas llevaron á cabo el año 1638 en la ciudad de Fuenterrabía, causaron terror en las tropas francesas, según refiere el Padre Moret en una de sus obras.

También han dejado imperecedero recuerdo las mujeres de Pasajes, tan diestras en el manejo de las embarcaciones. qua el año 1660 escribió el duque de Medina de las Torres á esta ciudad suplicando enviase doce bateleras del vecino puerto para divertir á Felipe IV en el estanque del Buen Retiro, pues las vió reinar con admiración cuando fué á entregar á su hija María Teresa con motivo de su casamiento con Luis XIV de Francia.

En estos últimos tiempos ha dejado gratisimo recuerdo entre la mujer guipuzcoana una hija de la invicta villa de Hernani.

Erase la tarde del día 22 de Junio de 1866, fecha lúgubre, que aparece entre tintas de sangrientos resplandores, en el funesto cuadro de nuestras conmociones políticas: ardía con terrible fragor la lucha entablada en las calles de Madrid, desde la mañana por los dos regimientos de artillería acuartelados en San Gil, que se alzaron, en son de motín contra el Poder existente: el sitio de la pelea ofrecía el aspecto de un campo de batalla.

Entre los diversos grupos de heridos, que se retorcían en las convulsiones del dolor, se notaba uno, en la calle de la Luna, esquina á la de Pizarro, donde se distinguía un sargento y un soldado, cuyos ayes lastimeros se sentían con dolor, pero sin que por ningún lado recibieran auxilio, pues las ambulancias del ejército habían sido trasladadas a otros sitios y los vecinos no osaban asomarse siquiera, temerosos de las balas.

No faltó, sin embargo, quien, condoliéndose de la triste situación de los desgraciados soldados, tamase la resolución de llevarles el alivio que, con voz desfallecida, solicitaban.

Inflamada en varonil arranque, y no pensando más que en el socorro de sus semejantes, una distinguida señora, habitante en el número 30 de la calle de la Luna, abandonó las comodidades y el seguro refugio de su morada, y, haciéndose acompañar de una de sus doncellas, salió resueltamente á la calle, provista de hilas y vendajes con que curar las heridas de aquellas dos víctimas de nuestras discordias civiles.

Mas no contenta con eso, los trasladó á su propia casa, donde se les proveyó de lo necesario.

Tan sublime rasgo de abnegación lo realizó la excelentísima señora doña Carlota de Jáuregui, guipuzcoana, hija de la invicta villa de Hernani.

He ahí la mujer guipuzcoana, bella de rostro, bella de corazón.

F. LÓPEZ ALÉN.

